

Jhumpa Lahiri

# EL INTÉRPRETE DEL DOLOR

Traducción del inglés de  
Gemma Rovira Ortega



salamandra

Título original: *Interpreter of Maladies*

Ilustración de la cubierta: © Felicia Simion / Trevillion Images

Copyright © *Jhumpa Lahiri*, 1999

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016

Varios de estos relatos han aparecido en otras publicaciones, en algunos casos con alguna diferencia: «Una anomalía temporal», en *The New Yorker*, «Cuando el señor Pirzada venía a cenar», en *The Louisville Review*; «El intérprete del dolor», en *The Agni Review*; «Un durwan de verdad», en *The Harvard Review*; «En casa de la señora Sen», en *Salamander*; «Esta bendita casa», en *Epoch*, y «El tratamiento de Bibi Haldar», en *Story Quarterly*.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7<sup>a</sup> 2<sup>a</sup> - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-723-0

Depósito legal: B-14.855-2016

1<sup>a</sup> edición, septiembre de 2016

*Printed in Spain*

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

*A mis padres y a mi hermana*



Con mi agradecimiento al  
Fine Arts Work Center de Provincetown,  
a Janet Silver y Cindy Klein Roche



## Una anomalía temporal

El aviso los informaba de que sería una anomalía temporal: durante cinco días interrumpirían el suministro eléctrico entre las ocho y las nueve de la noche. La última tormenta de nieve había ocasionado desperfectos en el tendido eléctrico, y los operarios iban a repararlo aprovechando que las temperaturas nocturnas ya no eran tan bajas. Los trabajos sólo afectarían a las casas de la tranquila calle arbolada donde Shoba y Shukumar vivían desde hacía tres años, a escasa distancia de una serie de tiendas con fachada de ladrillo visto y una parada de tranvía.

—Al menos nos avisan —concedió Shoba tras leer la notificación en voz alta, pensando más en ella misma que en Shukumar.

Dejó que la correa de su cartera de piel, llena de carpetas, le resbalara por el hombro, la abandonó en el recibidor y entró en la cocina. Llevaba una gabardina de popelín azul marino, un pantalón de chándal gris y unas zapatillas de deporte blancas. A los treinta y tres años, su aspecto coincidía con el de aquellas mujeres a las que un tiempo atrás había dicho que nunca se parecería.

Venía del gimnasio. El pintalabios de color arándano ya sólo se apreciaba en el contorno de los labios, y el lápiz de ojos le había dejado manchas de color carbón bajo las

pestañas inferiores. Igual que algunas mañanas, pensó Shukumar, después de una fiesta o de una noche de copas en un bar, cuando antes de ir a dormir le había dado demasiada pereza lavarse la cara o se había mostrado demasiado impaciente por echarse en sus brazos.

Shoba dejó un montoncito de cartas encima de la mesa sin mirarlas siquiera. Seguía con la vista fija en el aviso que tenía en la otra mano.

—Pero estas cosas deberían hacerlas durante el día...

—Claro, cuando soy yo quien está en casa —replicó Shukumar.

Puso la tapa de vidrio en la cazuela donde estaba cocinando el cordero y la ajustó de modo que sólo pudiera escapar un poco de vapor. Desde el mes de enero trabajaba en casa, tratando de terminar los últimos capítulos de su tesis doctoral sobre las revueltas campesinas en la India.

—¿Cuándo empiezan a reparar la línea?

—Aquí dice que el diecinueve de marzo. ¿Hoy es diecinueve?

Shoba fue hasta el tablón de corcho enmarcado que colgaba de la pared junto a la nevera, donde sólo había un calendario de estampados de papel pintado de William Morris. Lo miró como si lo viera por primera vez, examinando minuciosamente el estampado de la mitad superior antes de dejar que su mirada descendiera hasta la cuadrícula numerada de la parte inferior. Era un regalo que una amiga le había enviado por correo en Navidad, pese a que aquel año Shoba y Shukumar no la habían celebrado.

—Pues sí, es hoy —anunció—. Por cierto, el viernes que viene tienes hora en el dentista.

Shukumar se pasó la punta de la lengua por la cara externa de los dientes; aquella mañana no se había acordado de lavárselos. No era la primera vez. Aquel día no había salido de casa, igual que el anterior. Cuanto más tiempo pasaba fuera Shoba, cuantas más horas extra hacía ella en el trabajo y más proyectos aceptaba, menos le apetecía salir de casa, ni



siquiera para recoger el correo o comprar fruta o vino en las tiendas que había junto a la parada del tranvía.

Seis meses atrás, en septiembre, Shukumar estaba en un congreso académico en Baltimore cuando Shoba se puso de parto tres semanas antes de salir de cuentas. Él habría preferido no ir a aquel congreso, pero Shoba había insistido; era importante que hiciera contactos, pues al año siguiente entraría en el mercado laboral. Le había dicho que tenía el número de teléfono del hotel y una copia de los horarios y los números de vuelo, y que ya había quedado con su amiga Gillian para que la llevara en coche al hospital si surgía una urgencia. Aquella mañana, Shukumar subió al taxi que lo llevaría al aeropuerto y Shoba se quedó allí de pie, en bata, diciéndole adiós con la mano mientras apoyaba un brazo en el montículo de su vientre, como si fuera una parte natural de su cuerpo.

Siempre que Shukumar pensaba en aquel momento —la última ocasión en que vio a Shoba embarazada—, lo que mejor recordaba era el taxi, una ranchera roja con letras azules. Por dentro era enorme comparado con su coche. Shukumar se sentía muy pequeño en el asiento trasero pese a medir más de metro ochenta y tener unas manos tan grandes que ni siquiera podía guardárselas cómodamente en los bolsillos de los vaqueros. Mientras el taxi aceleraba por la calle Beacon, pensó que algún día Shoba y él tal vez también necesitarían un coche familiar como aquél para llevar a sus hijos a las clases de música y al dentista. Se imaginó al volante mientras Shoba se volvía para dar a los niños unos zumos en cartones individuales. En otro tiempo, aquellas imágenes de la paternidad habrían atormentado a Shukumar, acen tuando el desasosiego que ya le producía seguir estudiando a los treinta y cinco años. Sin embargo, aquella mañana de principios de otoño, con los árboles todavía cargados de hojas color bronce, disfrutó de la escena por primera vez.

Un miembro de la organización había conseguido dar con él en una de las salas del congreso, todas idénticas, y

le había entregado una nota. En ella sólo había un número de teléfono, pero Shukumar supo que era el del hospital. Cuando regresó a Boston, todo había terminado. El bebé había nacido muerto. Shoba estaba acostada en una cama, dormida, en una habitación individual tan pequeña que casi no había espacio para permanecer de pie a su lado. Durante la visita organizada para los futuros padres no les habían enseñado aquella parte del hospital. Shoba había tenido un desprendimiento prematuro de placenta y le habían practicado una cesárea, pero no lo bastante rápida. El médico le explicó que aquellas cosas pasaban y le sonrió con toda la amabilidad con que se puede sonreír a alguien con quien sólo tienes una relación profesional. En pocas semanas, Shoba podría volver a hacer vida normal. Nada hacía pensar que no pudiera tener hijos en el futuro.

Últimamente, Shoba ya no estaba en casa cuando Shukumar se despertaba. Él abría los ojos, se quedaba contemplando los largos y negros cabellos que ella había dejado en la almohada y se la imaginaba vestida, tomándose la tercera taza de café del día, en su despacho del centro. Allí, buscaba y corregía errores tipográficos en libros de texto, y para ello utilizaba un complicado código de colores que en una ocasión había intentado explicarle. Shoba le había prometido que haría lo mismo con su tesis cuando la hubiera terminado. Shukumar la envidiaba por el carácter específico de su trabajo, tan diferente del suyo, de naturaleza mucho más intangible. Él era un estudiante mediocre con cierta facilidad para absorber detalles pero sin ninguna curiosidad. Hasta el mes de septiembre había sido diligente, aunque no concienzudo, y había resumido capítulos y esbozado argumentos en unos blocs de papel pautado amarillo. Pero ahora se quedaba en la cama hasta que se aburría, contemplando su lado del armario —que Shoba siempre dejaba entreabierto— y observando la hilera de chaquetas de *tweed* y pantalones de pana que aquel trimestre no tendría que utilizar para dar sus clases. Cuando el bebé murió ya era demasiado tarde para re-

nunciar a las clases que se había comprometido a impartir, pero su director de tesis lo había arreglado para que tuviera libre el trimestre de primavera. Shukumar estaba en el sexto año del doctorado. «Eso y el verano te darán un buen empujón —le había dicho el director—. Para septiembre la tendrás acabada.»

Pero Shukumar no sentía empujón alguno, y en lo único que pensaba era en que Shoba y él se habían vuelto expertos en esquivarse el uno al otro en su casa de tres dormitorios, en pasar todo el tiempo que podían cada uno en una planta. Pensaba en que ya no soñaba con que llegara el fin de semana, cuando ella se pasaba horas y horas sentada en el sofá con sus lápices de colores y sus carpetas, tan concentrada que Shukumar temía molestarla si ponía un disco en su propia casa. Pensaba en que ella apenas lo miraba ya a los ojos o le sonreía, en que ya no susurraba su nombre en las raras ocasiones en que todavía buscaban el cuerpo del otro antes de dormir.

Al principio creía que todo aquello pasaría, que Shoba y él lo superarían de un modo u otro: ella sólo tenía treinta y tres años, era fuerte y se había recuperado. Pero eso no lo consolaba. Cuando Shukumar por fin se levantaba de la cama y bajaba a la cocina, muchas veces era casi la hora de comer. Cogía la cafetera y se servía el café que Shoba le había dejado, junto con una taza vacía, en la encimera.

Shukumar recogió unas pieles de cebolla con las manos y las tiró al cubo de la basura, encima de los trozos de grasa que le había quitado a la carne de cordero. Abrió el grifo, lavó el cuchillo y la tabla de cortar y se frotó las yemas de los dedos con medio limón para eliminar el olor a ajo, un truco que le había enseñado Shoba. Eran las siete y media de la tarde. Por la ventana veía un cielo negro que parecía de alquitrán blando. Los montículos de nieve irregulares bordeaban todavía las aceras, aunque la temperatura era ya lo bastante templada

para que la gente caminara sin guantes ni gorros. La última tormenta había dejado casi un metro, de modo que, durante una semana, los transeúntes habían tenido que pasar en fila india por estrechas trincheras de nieve. Y, durante una semana, aquélla fue la excusa de Shukumar para no salir de casa. Pero las trincheras ya se estaban ensanchando y el agua fluía sin tregua hacia las alcantarillas.

—El cordero no estará listo antes de las ocho —anunció Shukumar—. Me temo que vamos a cenar a oscuras.

—Podemos encender velas —propuso Shoba.

Se soltó el pelo, que durante el día llevaba pulcramente recogido en la nuca, y se quitó las zapatillas de deporte sin desatar los cordones.

—Voy a ducharme antes de que corten la luz —añadió, y se encaminó hacia la escalera—. Bajo enseguida.

Shukumar recogió la cartera y las zapatillas de deporte de Shoba y las puso al lado de la nevera. Antes ella no era así. Colgaba su abrigo en una percha, guardaba las zapatillas en el armario y pagaba las facturas en cuanto llegaban. Pero últimamente se comportaba como si estuviera en un hotel. Ya no le importaba que el sillón de cretona amarilla desentona con la alfombra turca azul y granate, y en el porche cerrado de la parte de atrás de la casa, encima de la tumbona de mimbre, aún había una gran bolsa blanca llena de la tela con la que tenía intención de confeccionar unas cortinas.

Mientras Shoba se duchaba, Shukumar se dirigió al cuarto de baño de abajo y cogió un cepillo de dientes por estrenar del armario del lavabo. Las cerdas, duras y de mala calidad, le lastimaron las encías y escupió un poco de sangre en el lavamanos. Había unos cuantos cepillos de dientes de repuesto guardados en un cubilete de metal. Shoba los había comprado un día que estaban de oferta, por si algún invitado decidía, en el último momento, quedarse a pasar la noche.

Era muy típico de ella. Era de esas personas que se preparan para las sorpresas, ya sean buenas o malas. Si encontraba una falda o un bolso que le gustaban, se compraba dos.

Ingresaba las pagas extra en una cuenta bancaria aparte, a su nombre. A él nunca le había importado que lo hiciera; su propia madre se había derrumbado al morir su padre, había dejado la casa donde él había crecido y se había mudado de nuevo a Calcuta, de modo que Shukumar había tenido que ocuparse de todo. Le gustaba que Shoba fuera diferente. Admiraba su capacidad de previsión. Antes, cuando ella hacía la compra, la despensa siempre estaba repleta de botellas de aceite de oliva y de maíz para que pudieran usar uno u otro según fueran a cocinar comida italiana o india. Tenían un montón de cajas de pasta de todas las formas y colores, bolsas de arroz basmati con cierre hermético, y costillares enteros de cordero y cabrito que compraba a los carniceros musulmanes de Haymarket, cortados y congelados en infinidad de bolsas de plástico... En sábados alternos recorrían el laberinto de puestos de aquel mercado callejero que Shukumar acabó aprendiéndose de memoria. Él la seguía cargando las bolsas de tela, incrédulo, mientras ella se abría paso entre el gentío para comprar más y más comida y regateaba bajo el sol matutino con niños demasiado jóvenes para afeitarse —pero a los que ya les faltaban algunos dientes— que retorcían bolsas de papel marrón llenas de alcachofas, ciruelas, raíz de jengibre y ñames antes de dejarlas caer en sus básculas y lanzárselas una a una a Shoba. A ella no le importaba que la empujaran, ni siquiera cuando estaba embarazada. Era alta y de hombros anchos, tenía unas caderas amplias que, según su obstetra, estaban hechas para parir. En el camino de regreso a casa, mientras el coche seguía el trazado del río Charles, siempre se sorprendían de la cantidad de comida que habían comprado.

Nunca se desperdiciaba nada. Cuando invitaban a sus amigos, Shoba les ofrecía auténticos banquetes, y todos estaban convencidos de que se había pasado el día preparándolos. Utilizaba ingredientes que previamente había congelado y envasado, no alimentos enlatados y baratos, sino pimientos que ella misma había marinado con romero, y *chutneys* que

cocinaba los domingos removiendo sin cesar grandes ollas de tomates y ciruelas. Sus tarros de conservas, bien etiquetados, ocupaban los estantes de la cocina, donde formaban inacabables pirámides de frascos cerrados herméticamente; los dos estaban de acuerdo en que durarían tanto que sus nietos llegarían a probarlas. Pero ahora ya casi se lo habían comido todo. Shukumar llevaba tiempo utilizando aquellas provisiones con las que preparaba la comida de ambos; un día tras otro, medía tazas de arroz y descongelaba bolsas de carne. Todas las tardes hojeaba los libros de cocina y seguía las instrucciones que Shoba había anotado a lápiz para que añadiera dos cucharaditas de semillas de cilantro molidas en lugar de una, o lentejas rojas en lugar de amarillas. Todas las recetas llevaban una fecha que registraba la primera vez que habían comido juntos cada uno de aquellos platos. Coliflor con hinojo: 2 de abril. Pollo con almendras y pasas sultanas: 14 de enero. Shukumar no recordaba haber comido aquellos guisos y, sin embargo, allí estaban, registrados con su pulcra caligrafía de correctora de pruebas. Él disfrutaba cocinando. Ahora era lo único que lo hacía sentirse útil. Sabía que, si no fuera por lo que él guisaba, Shoba cenaría un cuenco de cereales.

Aquella noche, sin luz, tendrían que cenar juntos. Desde hacía unos meses, cada uno se servía de lo que había en los fogones y, mientras él se llevaba el plato a su estudio y dejaba que la comida se enfriara en la mesa antes de engullirla de manera compulsiva, Shoba se llevaba el plato al salón y veía concursos o corregía con el arsenal de lápices de colores que siempre tenía a mano.

En algún momento de la noche, Shoba le hacía una visita. Cuando él la oía acercarse, dejaba la novela y se ponía a teclear frases. Ella le apoyaba las manos en los hombros y miraba fijamente el resplandor azulado de la pantalla del ordenador, igual que él. «No trabajes demasiado», decía al cabo de un minuto o dos, y se iba a la cama. Era el único momento del día en que ella buscaba su compañía y, sin

embargo, Shukumar había acabado temiéndolo. Sabía que era algo que ella se obligaba a hacer. Shoba recorría con la mirada las paredes de la habitación que, el verano anterior, habían decorado juntos con una cenefa por la que desfilaron patos y conejos tocando trompetas y tambores. A finales de agosto, había una cuna de cerezo bajo la ventana, un cambiador blanco con tiradores verde menta y una mecedora con cojines a cuadros. Shukumar había desmontado los muebles antes de ir a recoger a Shoba al hospital, y había arrancado los conejos y los patos con una espátula. A él, por alguna razón, aquella habitación no lo angustiaba como a Shoba. En enero, cuando dejó de trabajar en su cubículo de la biblioteca, puso su mesa allí a propósito, en parte porque aquella habitación lo relajaba, pero también porque era un sitio que Shoba solía evitar.

Shukumar volvió a la cocina y empezó a abrir cajones. Buscó una vela entre las tijeras, la batidora, las varillas y el mortero y su mano que Shoba había comprado en un bazar de Calcuta y que utilizaba para triturar dientes de ajo y vainas de cardamomo cuando todavía cocinaba. Encontró una linterna, pero sin pilas, y una caja empezada de velas de cumpleaños. El mes de mayo anterior, Shoba le había organizado una fiesta sorpresa. Ciento veinte personas se habían embutido en su casa: todos los amigos y los amigos de los amigos que ahora evitaban por sistema. Habían llenado la bañera de botellas de *vinho verde* sobre un lecho de cubitos de hielo. Shoba estaba en el quinto mes de embarazo y bebía ginger-ale en una copa de Martini. Había preparado un pastel de crema de vainilla y caramelo hilado. Durante toda la noche mantuvo los largos dedos de Shukumar entrelazados con los suyos mientras se paseaban entre los invitados.

Desde septiembre, sin embargo, la única invitada había sido la madre de Shoba. Llegó desde Arizona y se quedó con ellos dos meses cuando Shoba salió del hospital. Preparaba la

cena todas las noches, iba sola en coche al supermercado, les lavaba la ropa y la guardaba. Era una mujer creyente y montó un pequeño altar en la mesilla de noche de la habitación de invitados: una imagen enmarcada de una diosa con la cara de color azul lavanda y un plato con pétalos de caléndula. Allí rezaba dos veces al día para tener nietos sanos en el futuro. Trataba a Shukumar con educación sin llegar a ser cariñosa. Le doblaba los jerséis con una habilidad adquirida gracias a su trabajo en unos grandes almacenes. También le cosió un botón que le faltaba en el abrigo y le tejió una bufanda beige y marrón que le dio sin la más mínima ceremonia, como si a él se le acabara de caer y no se hubiera dado cuenta. Nunca hablaba de Shoba con él. Un día, cuando Shukumar mencionó la muerte del bebé, ella, que estaba haciendo punto, levantó la cabeza y dijo: «Pero si tú ni siquiera estabas allí.»

Le pareció extraño que no hubiera velas en la casa. Que Shoba no se hubiera preparado para una emergencia tan corriente. Buscó dónde poner las velitas de cumpleaños y al final se decidió por la maceta de hiedra que había en el alféizar de la ventana, sobre el fregadero. Pese a que la planta estaba a sólo unos centímetros del grifo, la tierra estaba tan seca que tuvo que regarla un poco para que las velas se sostuvieran. Apartó las cosas que había encima de la mesa de la cocina: los montones de cartas, los libros de la biblioteca sin leer. Recordó las primeras comidas que compartieron allí, cuando todavía estaban tan emocionados por haberse casado, por estar viviendo juntos, al fin, en la misma casa, que se buscaban a cada momento sin motivo, más impacientes por hacer el amor que por comer. Puso dos manteles individuales bordados, el regalo de la lista de bodas escogido por su tío de Lucknow, y los platos y las copas de vino que solían reservar para cuando recibían invitados. Colocó el tiesto de hiedra en el centro, con las hojas de borde blanco y forma de estrella rodeadas por diez velitas. Encendió el radiodespertador digital y buscó una emisora de jazz.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Shoba cuando bajó.



Llevaba el pelo envuelto en una gruesa toalla blanca. Se la quitó y la colgó en el respaldo de una silla para dejar que su pelo, mojado y oscuro, le cayera por la espalda. Mientras se acercaba a los fogones distraídamente, se deshizo un par de nudos con los dedos. Se había puesto un pantalón de chándal limpio, una camiseta y una vieja bata de franela. Volvía a tener el vientre plano y la cintura se le estrechaba antes de curvarse sobre las caderas; llevaba el cinturón de la bata atado con un nudo suelto.

Eran casi las ocho. Shukumar puso el arroz en la mesa y las lentejas de la noche anterior en el microondas; después, marcó unos números en el programador.

—Has hecho *rogan josh* —observó Shoba, mirando el guiso de cordero con páprika a través de la tapa de vidrio.

Shukumar sacó un trozo de carne cogiéndolo de prisa entre el índice y el pulgar para no quemarse. Hincó entonces la cuchara de servir y tanteó un trozo más grande para asegurarse de que la carne se desprendía con facilidad del hueso.

—Ya está listo —anunció.

El microondas acababa de pitar cuando se apagaron las luces y se interrumpió la música.

—Justo a tiempo —dijo Shoba.

—Sólo he encontrado estas velas de cumpleaños.

Encendió las que había puesto en la hiedra y dejó el resto de las velas y unas cerillas junto a su plato.

—No importa —dijo ella mientras deslizaba un dedo por el pie de su copa de vino—. Ha quedado muy bonito.

A pesar de la penumbra, Shukumar sabía cómo estaba sentada: un poco inclinada hacia delante, con los tobillos cruzados sobre el travesaño inferior de la silla y el codo izquierdo encima de la mesa. Mientras buscaba las velas, había encontrado una botella de vino en una caja que creía vacía. Se la puso entre las rodillas e introdujo el sacacorchos. Temía derramar el vino, así que cogió las copas y las sostuvo cerca de su regazo mientras las llenaba. Los dos se sirvieron el cordero removiendo el arroz con el tenedor y escudriñando

la cazuela para extraer del guiso las hojas de laurel y los clavos de olor. Cada pocos minutos, Shukumar encendía unas cuantas velas de cumpleaños más y las clavaba en la tierra de la maceta.

—Parece que estemos en la India —comentó Shoba mientras él se ocupaba de su improvisado candelabro—. A veces cortan la luz durante horas seguidas. Una vez tuve que asistir a toda una ceremonia del primer arroz a oscuras. El bebé no paraba de llorar. Debía de hacer mucho calor.

Su bebé no llegó a llorar, pensó Shukumar. Su bebé nunca tendría una ceremonia del primer arroz a pesar de que Shoba ya había redactado la lista de invitados y decidido a cuál de sus tres hermanos iba a pedirle que, a los seis meses si era un niño, a los siete si era una niña, le ofreciera su primera cucharada de comida sólida.

—¿Tienes calor? —preguntó él.

Empujó el tiesto iluminado hasta el otro extremo de la mesa, más cerca de los montones de libros y cartas, y aquello hizo que aún les costara más verse el uno al otro. De pronto, a Shukumar le fastidió no poder subir a su estudio y sentarse delante del ordenador.

—No. Esto está delicioso —contestó ella, y dio unos golpecitos en el plato con el tenedor—. De verdad.

Shukumar volvió a llenarle la copa. Ella le dio las gracias.

Antes todo era distinto. Ahora Shukumar tenía que esforzarse para decir algo que le interesara a Shoba, algo que le hiciera levantar la vista del plato o de las carpetas de textos que debía corregir. Al final dejó de intentar divertirla. Aprendió a no dar importancia a los silencios.

—Me acuerdo de que en casa de mi abuela, cuando se iba la luz, todos teníamos que decir algo —continuó Shoba.

Él apenas podía verle el rostro, pero por su tono de voz adivinó que tenía los ojos entornados, como si tratara de enfocar un objeto lejano. Era un gesto muy habitual en ella.

—¿Como qué?

—No sé. Recitar un poema. Contar un chiste. Dar algún dato sobre el mundo. Mis parientes, no sé por qué, siempre me pedían que les dijera los nombres de mis amigos estadounidenses. No tengo ni idea de por qué podía interesarles tanto esa información. La última vez que vi a mi tía me preguntó por cuatro niñas con las que iba a primaria, en Tucson. Ya casi ni me acuerdo de ellas.

Shukumar no había pasado tanto tiempo como Shoba en la India. Sus padres, que se habían instalado en New Hampshire, no solían llevarlo cuando visitaban el país. La primera vez que fue con ellos, cuando era muy pequeño, había estado a punto de morir de disentería amebiana, y su padre, que era muy aprensivo, no quiso que los acompañara más por si le ocurría algo. Solían dejarlo en casa de sus tíos, en Concord. Ya de adolescente, Shukumar prefería pasar los veranos en los campamentos de vela o trabajar en la heladería antes que ir a Calcuta, y no fue hasta después de morir su padre, en su último año de universidad, cuando se interesó por el país y empezó a estudiar su historia con libros de texto, como si se tratara de una asignatura más. Ahora lamentaba no tener sus propios recuerdos de una infancia en la India.

—¿Por qué no lo hacemos? —dijo, de pronto, Shoba.

—¿Hacer qué?

—Contarnos algo el uno al otro, a oscuras.

—¿Como qué? No me sé ningún chiste.

—No, chistes no. —Se quedó pensando unos segundos—: ¿Por qué no nos contamos el uno al otro algo que nunca nos hayamos confesado?

—Yo jugaba a eso en el instituto —recordó Shukumar—. Cuando me emborrachaba.

—No, tú te refieres a jugar a verdad o atrevimiento. Esto es otra cosa. Vale, empiezo yo. —Tomó un sorbo de vino—. La primera vez que me quedé sola en tu piso miré en tu agenda de teléfonos para ver si me habías apuntado. Me parece que hacía dos semanas que nos conocíamos.

—¿Y yo dónde estaba?

—Habías ido a coger el teléfono a la otra habitación. Era tu madre, y supuse que la conversación sería larga. Quería averiguar si habías pasado mi número del trozo de periódico donde lo habías anotado a tu agenda.

—¿Y lo había hecho?

—No. Pero no me di por vencida. Ahora te toca a ti.

A él no se le ocurría nada, pero Shoba estaba allí, esperando a que hablara. Hacía meses que no se mostraba tan decidida. ¿Qué le quedaba por contarle? Se remontó a su primer encuentro, cuatro años atrás, en una sala de conferencias de Cambridge, donde un grupo de poetas bengalíes ofrecían un recital. Se sentaron juntos por casualidad en sendas sillas plegables de madera. Shukumar no tardó en aburrirse; le resultaba imposible descifrar las declamaciones literarias y era incapaz de unirse al resto del público cuando éste suspiraba y asentía con solemnidad después de ciertas frases. Con la vista fija en el periódico doblado que tenía en el regazo, estudiaba las temperaturas de diversas ciudades del mundo: 33 grados en Singapur el día anterior, 10 en Estocolmo. Cuando miró hacia la izquierda, vio que la mujer sentada a su lado hacía la lista de la compra en el dorso de una carpeta, y le sorprendió descubrir que era guapa.

—Vale —dijo, recordando una anécdota—. La primera vez que salimos a cenar, a aquel restaurante portugués, se me olvidó darle propina al camarero. A la mañana siguiente volví, pregunté cómo se llamaba y le dejé el dinero al dueño.

—¿Volviste hasta Somerville sólo para darle propina a un camarero?

—Fui en taxi.

—¿Y por qué se te olvidó darle la propina?

Las velas se habían consumido y estaban a oscuras, pero Shukumar se imaginaba claramente el rostro de su mujer: los ojos grandes y rasgados; los labios carnosos, color de uva roja; la cicatriz con forma de coma que tenía en la barbilla, recuerdo de una caída desde la trona a los dos años. Shukumar se dio cuenta de que su belleza, que en su día lo

había abrumado, iba disipándose. Los cosméticos que antes le habían resultado superfluos le parecían ahora necesarios. Quizá no para acentuar su belleza, pero sí para redefinirla de algún modo.

—Hacia el final de la cena empecé a intuir que me casaría contigo —contestó, admitiéndolo por primera vez no sólo ante ella, sino también ante sí mismo—. Eso debió de distraerme.

Al día siguiente, Shoba llegó a casa antes de lo habitual. Había sobrado cordero de la noche anterior y él lo calentó para que pudieran cenar a las siete. Aquel día, Shukumar había salido de casa y, caminando entre la nieve derretida, había ido a la tienda de la esquina a comprar un paquete de velas y pilas para la linterna. Tenía las velas preparadas en la encimera, en unos pequeños candelabros de latón con forma de flor de loto, pero pudieron cenar bajo el resplandor de la lámpara de techo con pantalla de cobre que colgaba sobre la mesa.

Cuando terminaron de cenar se sorprendió al ver que Shoba ponía un plato sobre el otro y los llevaba al fregadero. Había dado por hecho que se retiraría al salón y se parapetaría detrás de su barricada de carpetas.

—No te preocupes por los platos —le dijo, y se los quitó de las manos.

—Más vale hacerlo ya —replicó ella, y puso una gota de lavavajillas en un estropajo—. Son casi las ocho.

A Shukumar se le aceleró el corazón. Llevaba todo el día esperando a que cortaran la luz. Pensó en lo que Shoba había dicho la noche anterior, en lo de que había mirado en su agenda. Le gustaba recordarla como era entonces: atrevida e inquieta al mismo tiempo, y siempre optimista. Estaban uno al lado del otro frente al fregadero y sus reflejos encajaban dentro del marco de la ventana. Se sentía un tanto cohibido, como la primera vez que se plantaron juntos ante un espejo.

No recordaba la última ocasión en que les habían tomado una fotografía. Habían dejado de asistir a fiestas, ya no iban juntos a ningún sitio. El carrete que había en su cámara aún contenía fotografías de Shoba, en el jardín, cuando estaba embarazada.

Después de lavar los platos, se apoyaron en la encimera y se secaron las manos con el mismo trapo, cada uno con un extremo. A las ocho en punto, la casa se quedó a oscuras. Shukumar encendió las mechas de las velas, y le impresionaron sus llamas firmes y alargadas.

—Vamos a sentarnos fuera —propuso Shoba—. Creo que aún no hace frío.

Cogieron una vela cada uno y se sentaron en los escalones de la entrada. Resultaba un poco extraño estar sentados fuera cuando en el suelo todavía había algo de nieve. Pero aquella noche muchos vecinos habían salido, pues la temperatura era lo bastante agradable para que se resistieran a quedarse encerrados. Las puertas mosquiteras se abrían y cerraban, y vieron pasar un pequeño desfile de vecinos provistos de linternas.

—Vamos a curiosear un rato a la librería —les dijo desde la acera un hombre de pelo cano.

Iba con su esposa, una mujer delgada enfundada en una cazadora que llevaba a su perro atado con una correa. Eran los Bradford, que en septiembre habían dejado una tarjeta de pésame en el buzón de Shoba y Shukumar.

—Dicen que allí tienen luz.

—Esperemos que sea así —replicó Shukumar—, porque si no tendrán que curiosear a oscuras.

La mujer rió y enlazó un brazo con el de su marido.

—¿Quieren venir?

—No, gracias —contestaron al unísono.

Shukumar se sorprendió de que sus palabras coincidiesen.

Se preguntaba qué le explicaría Shoba aquella noche. Por su mente ya habían pasado las peores posibilidades. Que había tenido una aventura; que no lo respetaba porque tenía

treinta y cinco años y seguía estudiando; que no le había perdonado que hubiera estado en Baltimore aquel día, igual que su madre. Sin embargo, sabía que nada de todo aquello era cierto. Shoba le había sido fiel, igual que él a ella. Shoba creía en él. Y había sido ella quien había insistido en que asistiera a aquel congreso. ¿Acaso había algo que no supieran el uno del otro? Él sabía que Shoba apretaba los puños cuando dormía, que su cuerpo daba respingos cuando tenía pesadillas. Sabía que prefería el melón verde al francés. Y también que, cuando volvieron del hospital, lo primero que hizo Shoba al entrar en casa fue ponerse a recoger objetos de los dos y tirarlos al suelo del recibidor: libros de los estantes, plantas de las repisas, cuadros de las paredes, fotografías de las mesas, cacharros de cocina colgados de ganchos sobre los fogones. Shukumar se apartó de su camino y la observó mientras iba metódicamente de una habitación a otra. Cuando estuvo satisfecha, se quedó allí plantada contemplando el montón que había formado, con los labios contraídos en una mueca de asco tan profundo que pensó que iba a escupir. Entonces Shoba rompió a llorar.

Shukumar empezaba a tener frío. Aún estaban sentados en los escalones. Sentía que necesitaba que ella hablara primero para luego hablar él.

—Aquella vez que vino tu madre a visitarnos... —empezó por fin Shoba—. Una noche dije que me quedaría hasta más tarde en el trabajo, pero salí con Gillian y me tomé un martini.

Shukumar contempló su perfil: la nariz delgada, el mentón ligeramente masculino. Se acordaba muy bien de aquella noche; había cenado con su madre, estaba cansado después de haber dado dos clases seguidas y le habría gustado que Shoba hubiera estado allí, porque ella siempre hacía comentarios oportunos, mientras que a él sólo se le ocurrían inconveniencias. Hacía doce años que había muerto su padre, y su madre había ido a pasar dos semanas con ellos para honrar juntos la memoria del difunto. Todas las noches, su madre

cocinaba algún plato que a su padre le gustaba, pero estaba demasiado disgustada para comer, y los ojos se le llenaban de lágrimas mientras Shoba le acariciaba una mano. «Es tan conmovedor...», le había dicho Shoba entonces. Ahora se la imaginaba con Gillian en un bar con sofás de terciopelo a rayas, aquel al que solían ir después del cine, recordándole al camarero que le pusiera dos aceitunas en la copa y pidiéndole un cigarrillo a su amiga. Se la imaginó quejándose de las visitas de su familia política y a Gillian solidarizándose con ella. Fue Gillian quien la llevó al hospital.

—Te toca —dijo Shoba, interrumpiendo sus pensamientos.

Shukumar oyó una perforadora al final de la calle y los gritos de los operarios por encima del estruendo. Dirigió la mirada hacia las fachadas oscuras de las casas de enfrente. En una de las ventanas había velas encendidas. Pese a que no hacía frío, por la chimenea salía humo.

—Copié en el examen de Civilización Oriental de la universidad —dijo él—. Era el último trimestre, mis exámenes finales. Mi padre había muerto hacía pocos meses. Veía la hoja de respuestas del chico que estaba sentado a mi lado. Era estadounidense, un empollón que sabía urdu y sánscrito. Yo no lograba recordar si la estrofa que teníamos que identificar era un ejemplo de un *ghazal* o no. Leí su respuesta y la copié.

Aquello había pasado más de quince años atrás. Después de contárselo a Shoba, Shukumar se sintió aliviado.

Shoba se volvió hacia él, pero no le miró la cara, sino los zapatos: unos mocasines viejos que él se ponía para estar por casa, con la piel del talón completamente aplastada. Shukumar se preguntó si lo que acababa de contarle le parecería mal. Ella le cogió una mano y se la apretó.

—No hacía falta que aclararas por qué lo hiciste —dijo, y se acercó más a él.

Se quedaron allí sentados hasta las nueve en punto, cuando volvió la luz. Oyeron a unos vecinos de la acera de



enfrente aplaudiendo en su porche y el sonido de los televisores que volvían a encenderse. Los Bradford pasaron de nuevo por la calle comiéndose unos cucuruchos de helado y diciéndoles adiós con la mano. Shoba y Shukumar les devolvieron el saludo. Entonces se levantaron, todavía cogidos de la mano, y entraron en la casa.

Sin decir nada, de forma tácita, aquello se convirtió en una rutina. Un intercambio de confesiones, de pequeños detalles con los que habían herido o defraudado al otro o a sí mismos. Al día siguiente, Shukumar pasó horas pensando qué le diría a Shoba. Dudaba entre admitir que una vez había arrancado la fotografía de una modelo de una revista de moda a la que Shoba estaba suscrita y la había llevado entre las páginas de sus libros durante una semana, o confesarle que no era verdad que hubiera perdido el chaleco que ella le había regalado por su tercer aniversario de boda, sino que había ido a devolverlo a Filene's y con el dinero se había emborrachado, solo, en pleno día, en el bar de un hotel. Por su primer aniversario, Shoba había preparado una cena de diez platos sólo para él. El chaleco lo había deprimido. «Mi mujer me ha regalado un chaleco por nuestro aniversario», se lamentó ante el camarero, con la cabeza embotada por el coñac. «¿Qué esperabas? —replicó el camarero—. No haberte casado.»

En cuanto a la fotografía de la modelo, no sabía por qué la había arrancado. No era tan guapa como Shoba. Llevaba un vestido blanco con lentejuelas, tenía una expresión hosca y las piernas flacas y masculinas. Levantaba los brazos desnudos, con los puños a la altura de la cabeza, como si fuera a golpearse las orejas. Era un anuncio de medias. En aquella época, Shoba estaba embarazada y, de pronto, su vientre se había vuelto enorme, tanto que Shukumar ya no quería tocarla. La primera vez que vio aquella fotografía estaba tumbado en la cama a su lado, mirándola

mientras ella leía. Luego vio la revista en el montón de papel para reciclar, buscó la imagen y arrancó la hoja con todo el cuidado que pudo. Durante una semana se permitió mirarla una vez al día. Sentía un intenso deseo por aquella mujer, pero ese deseo se transformaba en asco al cabo de un par de minutos. Era lo más cerca que había estado de la infidelidad.

La tercera noche le contó a Shoba lo del chaleco y la cuarta lo de la revista. Ella no dijo nada mientras él hablaba, no expresó enfado ni reproche. Se limitó a escuchar, y entonces le cogió la mano y se la apretó como había hecho la otra vez. La tercera noche, Shoba le contó que, en una ocasión, después de una conferencia a la que habían asistido juntos, le había dejado hablar con el jefe de su departamento sin advertirle que tenía un poquito de paté en la barbilla. Aquel día estaba enfadada con él por alguna razón y le había permitido hablar durante largo rato de la beca que quería asegurarse para el trimestre siguiente sin llevarse siquiera un dedo a la barbilla para darle a entender que tenía que limpiársela. La cuarta noche le confesó que nunca le había gustado el único poema que él había publicado en su vida, en una revista literaria de Utah. Lo había escrito poco después de conocer a Shoba. Añadió que le resultaba sensiblero.

Algo sucedía cuando la casa se quedaba a oscuras. Volvían a ser capaces de hablar. La tercera noche, después de la cena, se sentaron los dos en el sofá y, cuando se apagaron las luces, él empezó a besarla, vacilante, en la frente y el rostro, y pese a estar a oscuras cerró los ojos y supo que ella había hecho lo mismo. La cuarta noche subieron juntos al dormitorio, con cuidado, tanteando el suelo con el pie para asegurarse de que habían llegado al rellano, e hicieron el amor con una desesperación que ya habían olvidado. Ella lloró sin hacer ruido y susurró su nombre, y le acarició las cejas con un dedo en la oscuridad. Mientras hacían el amor, él se preguntaba qué le confesaría la siguiente noche y qué le contaría ella, y pensar en ello lo excitaba. «Abrázame —dijo—, abrá-

zame fuerte.» Para cuando volvieron a encenderse las luces en el piso de abajo, se habían quedado dormidos.

La mañana de la quinta noche, Shukumar encontró otro aviso de la compañía eléctrica en el buzón: habían reparado la línea antes de lo previsto. Se llevó una decepción. Tenía pensado prepararle a Shoba unas gambas *malai*, pero cuando llegó a la tienda ya no le apetecía cocinar. Pensó que no sería lo mismo, ahora que sabía que no se iría la luz. Las gambas que vio en la tienda le parecieron grises y escuálidas. La lata de leche de coco estaba cubierta de polvo y era demasiado cara. Las compró de todas formas, y también una vela de cera de abeja y dos botellas de vino.

Shoba llegó a casa a las siete y media.

—Supongo que nuestro juego ha terminado —dijo él mientras ella leía el aviso.

Shoba lo miró y dijo:

—Si quieres, puedes encender las velas igualmente.

Aquella noche no había ido al gimnasio. Debajo de la gabardina llevaba un traje de chaqueta, y hacía poco que se había retocado el maquillaje.

Cuando ella subió a cambiarse, Shukumar se sirvió un poco de vino y puso un disco de Thelonious Monk que le gustaba a Shoba.

Ella bajó y cenaron juntos. No le dio las gracias ni lo felicitó por la cena. Comieron en la habitación en penumbra, a la luz de la vela de cera de abeja. Habían superado una época difícil. Se terminaron las gambas. Se terminaron la primera botella de vino y abrieron la segunda. Se quedaron sentados a la mesa hasta que la vela casi se hubo consumido. Shoba se removió en la silla y Shukumar creyó que se disponía a contarle algo. Pero entonces ella apagó la vela, se levantó, encendió la luz y volvió a sentarse.

—¿No deberíamos seguir con la luz apagada? —preguntó Shukumar.

Shoba apartó su plato y entrelazó las manos encima de la mesa.

—Quiero que me veas la cara mientras te digo esto —anunció con dulzura.

A Shukumar se le aceleró el corazón. El día que le dijo que estaba embarazada había empleado aquellas mismas palabras, y las había pronunciado con la misma dulzura, tras apagar el televisor en el que él estaba viendo un partido de baloncesto. Aquel día, Shukumar no estaba preparado. Esa noche, sí.

Pero no quería que Shoba volviera a estar embarazada. No quería tener que fingir que se alegraba.

—He estado buscando apartamento y he encontrado uno —anunció ella, entornando los ojos y fijando la vista más allá del hombro izquierdo de Shukumar.

No era culpa de nadie, continuó. Ya habían sufrido bastante. Ella necesitaba estar sola un tiempo. Tenía dinero ahorrado para la fianza. El apartamento estaba en Beacon Hill, desde donde podría ir a pie al trabajo. Aquella misma noche, antes de volver a casa, había firmado el contrato.

Shoba evitaba mirarlo; él, en cambio, no apartaba la vista de ella. Era obvio que había ensayado aquellas palabras. Llevaba tiempo buscando un apartamento, comprobando la presión del agua, preguntando a un agente inmobiliario si la calefacción y el agua caliente estaban incluidas en el alquiler. A Shukumar le asqueó saber que durante las últimas noches su mujer había estado preparándose para una vida sin él. Se sintió aliviado y, al mismo tiempo, asqueado. Aquello era lo que había estado tratando de decirle aquellas cuatro noches. Aquél era el objetivo de su juego.

Ahora le tocaba hablar a él, contarle algo que había jurado que jamás le confesaría, y durante seis meses había hecho todo lo posible por apartarlo de su mente. Antes de que le hicieran la ecografía, Shoba le había pedido al médico que no les revelara el sexo del bebé, y Shukumar había estado de acuerdo. Shoba quería que fuera una sorpresa.

Después, en las pocas ocasiones en que hablaron de lo que había ocurrido, ella comentó que al menos se habían ahorrado saber si el bebé era niño o niña. De algún modo, era como si Shoba se enorgulleciera de su decisión, pues le permitía refugiarse en un misterio. Shukumar sabía que ella daba por hecho que para él también era un misterio; que había llegado demasiado tarde de Baltimore, cuando todo había terminado y ella ya estaba acostada en la cama del hospital. Pero no había sido así. Shukumar había llegado a tiempo de ver a su bebé y de cogerlo en brazos antes de que lo incineraran. Al principio había rechazado la proposición, pero el médico le explicó que abrazar al bebé podría ayudarlo a superar el duelo. Shoba dormía. Habían lavado a la criatura y sus párpados abultados estaban fuertemente apretados y cerrados al mundo.

—Nuestro bebé era un niño —dijo—. Tenía la piel más roja que marrón y pelo en la cabeza, negro. Pesaba poco más de dos kilos. Tenía los puños apretados, como tú cuando duermes.

Entonces Shoba sí lo miró, y su rostro se contrajo de dolor. Shukumar había copiado en un examen final, había arrancado la fotografía de una modelo de una revista. Había devuelto un chaleco y se había emborrachado en pleno día. Ésas eran las cosas que le había contado. Pero también había tenido en brazos a su hijo, un hijo que sólo había conocido la vida dentro del vientre de su madre; lo había apretado contra su pecho en una habitación oscura de una planta desconocida del hospital. Lo había tenido en brazos hasta que una enfermera llamó a la puerta y se lo llevó, y aquel día Shukumar se prometió que nunca se lo contaría a Shoba, porque entonces todavía la amaba y aquello era la única cosa de toda su vida que ella había querido que fuera una sorpresa.

Shukumar se levantó y puso un plato sobre el otro. Los llevó al fregadero, pero, en lugar de abrir el grifo, se quedó mirando por la ventana. Fuera aún no hacía frío y los Brad-

ford paseaban cogidos del brazo. Mientras miraba a la pareja, la habitación se quedó a oscuras de pronto y Shukumar se dio rápidamente la vuelta. Shoba había apagado las luces; luego volvió a la mesa y se sentó. Poco después, Shukumar se sentó también. Juntos lloraron por las cosas que ahora sabían.